

## CONVERTIRSE<sup>7</sup>

(Carta circular a los hermanos y hermanas de la Congregación, Epifanía, 1982)

Mientras me llevaba en el auto a la estación vecina de su monasterio, uno de ustedes me pedía que en las cartas enviadas dos veces por año a las comunidades, hablara nuevamente del tema abordado en los mensajes precedentes a propósito de Benito convertido en Subiaco, la conversión del monje. ¿Qué significa “convertirse” para un hombre que es profeso desde hace quince años?

Percibía en este hermano una ansiedad causada, como en todos nosotros, por obstáculos personales, dificultades comunitarias, por la inevitable pesadez de la vida, que tan difícil nos resulta considerar útil para que la conversión no sea solamente algo soñado sino algo verdadero. Las ansiedades del monje no son forzosamente enfermizas sino que, por el contrario, pueden expresar la salud de un hombre que quiere cumplir sus promesas hasta el final. Pero ¿qué quiere decir “convertirse”?

En esta carta enviada a tus hermanos y hermanas, te respondo, Hermano, no como un sabio sino como un hombre que también anda a tientas. Me gusta este tema que me parece que es la preocupación monástica por excelencia y que concierne no solamente a la conciencia de cada uno, sino hasta la más lejana partícula de tierra donde debe realizarse la epifanía de Cristo.

Ya que cada uno de nosotros y cada comunidad frecuentemente han reflexionado sobre la conversión, no deseo volver sobre puntos que son claros para todos: la vida cristiana es una conversión a Dios en Cristo y en el Espíritu y esto bajo los dos aspectos esenciales e inseparables de la purificación, la iluminación de la conciencia que responde a un llamado (“Convertíos”, dice Marcos; “Entra en tu aposento”, dice Mateo), y la comunión con los otros hombres, creyentes explícitos o solamente implícitos todavía.

Esta es la respuesta que nosotros tratamos de vivir; yo quiero limitarme a tres reflexiones sobre la conversión del monje: es una entrada en el ritmo lento; es una aceptación de la ruptura; conduce a un exceso. Lo trataré en dos partes: 1º) Cosas razonables, 2º) Lo desmedido.

### I. Cosas razonables

#### *1) Los ritmos lentos de la conversión monástica*

Tomemos al hermano, a la hermana, al comienzo de su noviciado, en la entrada en el camino de la conversión, dejando voluntariamente de lado el momento capital de la primera decisión. Y aquí comienza la lentitud.

Debemos tomar esta palabra sin ninguna connotación peyorativa, pero ciertamente debemos explicarla. El hermano es más o menos conducido a un nuevo inventario de sí mismo: en contacto con Cristo y con los hermanos, se ve diferente de lo que creía ser. Pero todavía no tiene idea de lo larga que será su empresa y quizás se asombre, luego de haberlo deseado, de lo lentas que son las cosas de ahora en más cotidianas para él: la estabilidad se adquiere lentamente; la

---

<sup>7</sup> De *Ecoute*, N° 275, 15 de febrero 1982. Tradujo: Hna. María Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

clausura también. La intimidad con la Palabra de Dios va en ese mismo sentido: este hombre recibe como lectura principal, la Biblia, es decir, un libro en el cual se inscriben, en la largura y la lentitud de los siglos, el pensamiento y la voluntad de un Dios especialmente capaz de paciencia. Esta lectura (lectura divina, según le explican al hermano), sólo podrá ser una lectura lenta: deberá escrutarse, explicar (desenvolver los pliegues), comprender lo que ha sido dicho para él y para el mundo, aunque haya sido dicho en un mundo totalmente diferente. Leer la Biblia, es orar y meditar sobre un mensaje de Dios; divina utopía: la humanidad, cada hombre se convierte en su confidente. Y si la amistad, cuando quiere ser duradera, se da lentamente, con mucha más razón la amistad con Dios deberá darse lentamente para el monje. Sin ninguna duda, necesitamos convicciones fuertes en este punto; si no, el monje muy pronto comenzará a no tener tiempo de leer la Biblia. Pero dejar que se calle la Palabra, es separarse de una de las principales fuentes de la vida de Dios en uno mismo. Lentamente hay que devenir el celebrante de una Palabra conocida, simultáneamente interior y eficaz.

El monje hará un descubrimiento semejante y lento de la Eucaristía, cuya repetición, luego de haber sido una alegría sensible, puede convertirse en un asunto difícil o incluso en una mera observancia externa. En la Eucaristía sacramental, la lentitud de los siglos y la urgencia del Reino se encuentran de un modo elemental, simple y despojado, incluso tan imperceptible para quien esté ávido de lo espectacular o poco atento a lo que va más allá de los ritos. Así, estos ritos podrían parecer un día inexpresivos y ajenos a la vida, mientras que san Benito, por el contrario, al incluir la profesión en la celebración de la Cena del Señor, buscaba expresar la amplitud de la más secreta conversión monástica. Se necesita una verdadera amplitud de tiempo para penetrar el misterio cristiano de un sacrificio de alabanza.

Esta lentitud de la conversión del monje entra en la lógica de la germinación de los granos, de los que se sirve el Evangelio para hacer comprender el crecimiento del Reino de los Cielos. También está en la lógica del crecimiento psicológico; y si san Benito se nos presenta, en el momento de su conversión monástica, como un prodigio en cuestión de madurez, la nuestra, por el contrario y muy normalmente, es lenta, progresiva. Acerca de esta madurez, digamos solamente que no puede ser apreciada según criterios rígidos, sino más bien según una escala móvil, por un lado por cada hermano en función de sus dones y, por el otro, por cada Comunidad que debe también convertirse en forma permanente, ya que esa es la condición de su propia madurez. En lo que se refiere a la vida de una comunidad, la palabra “lentitud” es muy conveniente: expresa la ausencia de autoritarismo, la capacidad de comprender de los hermanos, y luego de evitar los bloqueos o de sanar las heridas: en una palabra, la libertad de seguir adelante.

En la lentitud, considero que se respeta el carácter propio del monaquismo de san Benito que da el nombre de “buscador de Dios” al monje, y al abad la obligación de buscar ante todo el Reino de Dios. Estamos acostumbrados a reservar este nombre de investigador a todo aquel que, en cualquier campo científico, se retira y precisamente busca; por el contrario a los políticos les exigimos, además de la reflexión, la rapidez y la eficacia. Pienso que sin excluir de ningún modo de la vida monástica las funciones de decisión, a veces rápida y de gobierno eficaz, es sobre todo por su aspecto de lenta búsqueda que la vida monástica manifiesta una hermosa y verdadera humanidad. Esta lentitud no es indolencia sino, una vez más, dominio y vida consciente, persecución tenaz del término –algunos dicen del sentido– que es la conversión de todo el ser.

¿La conversión? Es una lenta ascensión de la mirada que finalmente sabe dónde posarse, capacidad de admirar sin ceder a los espejismos, de amar mil bellezas y mil voces, ya sea de Asia, de África o de Roma, o aquellas más hermosas todavía de mi torrente familiar, sin que dejemos de preferir aquello otro, y aquello que está más allá de lo que todas ellas anunciaban con lo más concreto de su ser: una lenta revelación del rostro de Cristo.

## ***2) El sentido de las rupturas en la vida monástica***

La vida está misteriosamente ligada con la ruptura y nosotros, que somos sensibles a la lenta germinación de la vida, la vemos sin embargo salir bruscamente a la luz. Nosotros que estamos acostumbrados a constatar la agresividad en nuestra vida y en la de los demás, a darle su verdadera significación, podemos decir que los puntos de ruptura en la vida de los hombres y de las cosas son capitales: allí puede operarse la desintegración, la destrucción, pero también allí puede darse el crecimiento.

Esto está tan dentro de la lógica de la vida que cuanto más apuntemos a lograr los mejores éxitos, tanto más se manifestarán, inevitables, las rupturas, los distanciamientos, finalmente el duelo, para utilizar una palabra que anticipa bastante las penas de la muerte. Así sucede cuando hablamos de caridad, de amor de dilección, de amistad, de comunión, de unidad. ¿Quién renuncia a semejantes esperanzas en el mismo momento en que desata guerras, revoluciones, emboscadas, enredos o condenas a muerte? No hay nadie que no prediga lo que vendrá después: tiempo de paz, tiempo de justicia, de seguridad, de respeto de todo, de armonía...

La ley de la ruptura puede encontrarse a lo largo de toda la Biblia, y sobre todo en el Nuevo Testamento. Está en la Regla de san Benito, quien sin olvidar la tentación de las falsas rupturas (nos repite el decálogo: no mates, no robes, no seas adúltero ni falso testigo), centra todo en los momentos esenciales de ruptura cristiana: Pascua y Pentecostés, una ruptura que se convierte en tiempo humano, una duración.

Esta duración comienza para el monje con la gran ruptura de su entrada al noviciado, que es un salto increíble para el que no lo ha vivido en el amor de Cristo. Luego deberá operarse la inevitable y beneficiosa desilusión, momento de realismo humano y cristiano que no le quita nada a ese primer paso sino que lo asegura y le permite convertirse en una larga marcha. No en un envío irreal hacia algo sublime irreal, sino una verdadera marcha hacia el verdadero Dios.

Ruptura de sí mismo consigo mismo, no por locura sino, por el contrario, para tener la posibilidad –luego de un descentramiento de sí y de elegir a Cristo como centro vivo– de ser realmente uno mismo. Ruptura, en uno mismo y en lo concreto de la vida, con ese mundo mundano, aquel que señala la célebre trilogía que sutilmente obra en nosotros, tener, saber, poder, a fin de convertirnos, por el contrario, lo más posible en servidores de Dios y del hombre. Ruptura, en particular, con la tentación muy propia del célibe de planificar la vida y realizar obras, buenas sin ninguna duda, pero por cuenta propia y, si fuera posible, a su gusto.

Ruptura, finalmente, de la comunidad como tal con todo lo que sea no un progreso sino una esclavitud, un obstáculo, un tropiezo. No es necesario insistir más sobre este punto, que sin embargo es uno de los más difíciles de poner en práctica.

Lentitud y ruptura: este equilibrio le ha valido muchos elogios a la Regla de san Benito; y nosotros tenemos la dicha de seguir una línea de conducta indicada por un hombre que llegó a ese punto de sabiduría en la utilización de lo humano en contacto con lo divino. Pero no se habla tanto de lo desmedido, otro dato que, sin ninguna duda, es el más importante.

## **II. Lo desmedido**

Lo desmedido. Pienso que esta palabra, tomada de Urs von Balthasar, resume muy bien lo que dice la Biblia acerca de la locura y de los excesos de Dios en sus relaciones con el hombre. Al hablar de la vida de Cristo, Balthasar ve en ella “una exigencia desmedida con respecto a las dimensiones humanas”, y concluye: semejante característica desmedida “es un rasgo fundamental de la vida de Cristo y –salvando las distancias– de la vida cristiana”.

Es desmedida la pretensión “impuesta a esa vida de hombre de pagar, con el valor de una vida humana (incluida la muerte), por todas las faltas y todos los pecados”. Es desmedido tener que encerrar “en la breve duración de su tiempo, todo lo que Dios necesita para expresarse a sí mismo”. Es desmedida la necesidad de ser totalmente pobre para participar de la *Doxa divina*.

El objetivo de la *lectio*, de la vida fraterna, es introducirnos cada vez más en esta dimensión de lo desmedido. Y ¿cómo podríamos negar entonces que la conversión del monje no puede ser sino una segunda conversión? La primera, la entrada en religión –como decíamos antes–, la entrada en la comunidad monástica –como es más correcto decir–, exigía sin duda la fuerza de Dios para que pudiéramos realizarla; porque es difícil dejar la posesión y el poder, por más exiguos que sean, pero más difícil todavía es abandonar el futuro. Pero este impulso proveniente de Dios, se realizaba en un contexto humano, todavía ambiguo; y, sin dejar de ser un hombre, es necesario que el monje siga a Cristo en ese descubrimiento que Él hizo de aquello a lo que su Padre lo llamaba. “Si debemos admitir necesariamente en Él, continúa Balthasar, un progreso en el conocimiento y una iniciación cada vez más profunda a las dimensiones de su misión total, lo cual es inevitable en un hombre auténtico”, cuánto más debe aspirar el monje a esos descubrimientos progresivos que lo llevarán a comprender mejor de lo que se trata en su propia vida.

El hombre no cesa de corregir el enfoque exigido por la meta que se ha fijado; esa es su propia sabiduría. Pero cuando la meta se denomina la salvación del mundo por amistad con Dios, a pesar del peso del mal y del pecado, la sabiduría cae en un cierto exceso. Creo que allí se juega la conversión del monje.

¿Dónde estaba nuestra locura, hermano, cuando me llevabas en el auto al tren? Todo era razonable, incluso los prodigios de destreza que realizabas para desbaratar las trampas de la gran ciudad en sus horas tope, y pude tomar mi tren casi cuando arrancaba. Es la buena vida humana, y el monje no es menos apto para apreciarla que cualquier otro...

La locura estaba en nuestros corazones y seguramente hubiéramos podido enumerar aquello que permanece en el misterio de ese Señor que se manifestó como el más pobre, el Pobre, aquel que Balthasar una vez más (ese autor tan razonable no carece de audacia, diría un poeta), llama el primero de los hijos pródigos, ese Cristo que, siendo la Palabra de Dios, se manifestó “como no-palabra, palabra que se abandona a sí misma, que se suprime”. Es desmedido creer en todo esto pero ésta es nuestra fe, y nosotros estamos decididos a querer vivir de ella.

La vida, y luego la muerte, nos convertirán poco a poco en monjes cristianos y conocemos el camino de esta conversión. San Benito, que conoce la renuncia a los bienes, insiste sobre todo en la renuncia a la voluntad dominadora, a lo que se denomina voluntad propia. Es el camino de la obediencia, y Dios sabe todo lo que hemos reflexionado sobre este tema. Durante toda una época se puso muy de relieve el peligro para el monje de una pseudo-obediencia que le impide llegar a la madurez y esto nos permitió realizar excelentes ajustes. Pero ahora podemos hablar sin peligro de la madurez del monje por la obediencia: se trata del camino de Cristo que sigue el Hermano.

Es un camino sin fin, pero no un callejón sin salida. Es incluso un camino rápido, dice san Benito. En él veo armonizarse muy bien lo que traté de decir: los hebreos, al no figurar la palabra “obediencia” en su lenguaje, utilizaban dos términos para definir esta manera de ser: escuchar y luego hacer. El Evangelio repite sin cesar estos dos términos y san Benito comienza su Regla con ellos.

“Escuchar” para entrar en la conversión lenta, no dejar de escuchar. “Hacer”, palabra que, según se nos previene, califica no la acción mecanizada sino el acto humano, expresivo y consciente al máximo posible. Es también el punto de vista de san Benito, quien advierte al monje que la ejecución material todavía no significa nada. “Hacer”, en ese sentido plenamente humano, es la

ocasión de una ruptura aceptada: el hombre hecho, la obra realizada, es como una página dada vuelta que introduce a la siguiente; la vida está hecha de páginas que se dan vuelta y a veces se olvidan. Hacer es valeroso, mientras que dejar hacer es peyorativo, si ese hacer es inaceptable.

Finalmente, para san Benito, el hecho de escuchar y de hacer introducen en lo desmedido; lo hace notar explícitamente a propósito de lo imposible humano al que cree haber llegado el monje: en ese momento, la obediencia realiza ese imposible; entramos en otro mundo.

¿He respondido a la pregunta? ¿He dejado entrever la alegría prometida por san Benito al monje obediente, deseoso de permanecer en el mundo de Dios, prometido pero sin embargo gratuito, ese mundo de la novedad?

El tema del Congreso eucarístico de Lourdes era: “El Pan partido para un mundo nuevo”. En él veo una definición del monje: el pan es la duración; el pan partido y compartido es, por su misma ruptura, la entrada del monje en el deseo del otro y la del otro en su propio deseo. Para un mundo nuevo, significa muy bien el más desmedido de los deseos, ya que se trata de que el mundo se convierta en el lugar de la aparición de la Gloria de Dios que dará a todo ser la justicia, la paz y la vida permanente.

Vuestro hermano en Cristo.

*Abad Presidente de la Congregación de Subiaco  
Sant’Ambrogio - Roma*